

LA ACTITUD LÍBICA ANTE LA INVASIÓN ROMANA DE M. ATILIO RÉGULO (256-255 a.C.)

Jaime Gómez de Caso Zuriaga
Universidad de Alcalá

En el año 256 a.C. los romanos lograron desembarcar en territorio cartaginés después de una de las mayores batallas navales de la historia, la de Écnomo, en la que es posible que llegasen a verse involucrados unos seiscientos barcos, de ellos, más de cuatrocientos de combate.

La batalla de Écnomo necesitaría una revisión. No es este el lugar para hacerla. Hay varias y detenidas descripciones de ella. La fuente fundamental de todas sería Polibio (I, 26 a 28), aunque existen otras versiones, como la de Dion Casio-Zonaras (Zon. VIII, 12,8ss.)¹. Las reconstrucciones más clásicas serían las de Kromayer-Veith o Frank; las hay más modernas, como la muy completa de Lazenby, todo ello pasando por las de Tarn o De Sanctis, entre otras. Walbank² acepta en líneas generales las versiones más clásicas, la de Kromayer especialmente, pero señalando las importantes reservas de Thiel y haciendo constar lo confuso de la maniobra cartaginesa y las incoherencias de la misma³.

¹ Existen otras versiones, pero resultan más confusas que la mencionada de Polibio (I, 26-28). Diodoro (XXI, 15,7) solo nos dice que los romanos pasaron a África y Apiano (*Lib.* 3) da solamente el número de barcos, 350, sin ni siquiera hablar de una batalla.

² J.F. Walbank, *Comm.* I: I, 26,1-28, p. 85.

³ J. Kromayer y G. Veith, *Antike Schlachtfelder in Italien und Afrika*, vol. III/2, Berlin 1912: *Schlachtatlas. Römische Abteilung*, col. 5. T. Frank, «Rom and Carthage: The First Punic War», *CAH*, vol. VII, Cambridge, ed. 1928 (1959), p. 681. J.H. Thiel, *Studies on the History of Roman Sea-Power in Republican Times*, Amsterdam 1946, 117. J. F. Lazenby,

El objetivo del ejército desembarcado era rendir la ciudad enemiga, Cartago, contra la que llevaban luchando ya ocho años por el dominio de Sicilia. Polibio (I, 26-27) no señala un objetivo claro en esta invasión, solo que el plan romano era navegar hacia Libia y desplazar allí los enfrentamientos militares, pero el hecho mismo de la invasión y los acontecimientos posteriores, particularmente cuando los cartagineses, después de repetidas derrotas, pidieron la paz a Régulo⁴, parecen indicar que el objetivo de esta invasión era lograr una rendición prácticamente incondicional de Cartago en unos términos similares a los de la posterior Paz de Lutacio Catulo (a. 241 a. C.), aunque todavía más duros: la retirada, no solo de Sicilia, sino también de Cerdeña (cosa no exigida por Lutacio, lo que traería problemas posteriores), además de una serie de indemnizaciones, probablemente más duras que las que cerraron la guerra en 241 a. C.⁵ Queda claro que, en el momento de la invasión de África, los objetivos de Roma en esta guerra habían cambiado. Lo hicieron sin duda después de la toma de Agrigento⁶, pero lo volvieron a hacer a raíz del éxito de esta invasión, que lo fue desde el principio, aunque —a pesar de este éxito inicial, y como sabemos— terminaría catastróficamente.

Creo que en ese éxito inicial tuvo una gran importancia la actitud de la población africana sometida a Cartago y la númida. Ciertamente no se señala en las fuentes esta trascendencia de la actitud africana, hay que rastrearla aquí y allá en algunas afirmaciones aisladas y en el propio contexto de la marcha de los acontecimientos, antes y después de la derrota de Régulo a raíz de la batalla de Túnez y la dirección de la guerra contra Roma por parte de Jantipo.

The First Punic War, Londres 1996, Chapter 6: “Ecnomus”, pp. 81-96. Lazenby apunta los problemas fundamentales para una reconstrucción fiable y coherente de la batalla. Su esquema (Lazenby, p. 89) no difiere sin embargo en nada con el dado en su día por Walbank (*Comm.* I, p. 84), que sigue, a su vez, el de Kromayer (*loc.cit. Schlachtatlas*, col. 5). También Goldsworthy mantiene el esquema de desarrollo: A. Goldsworthy, *Las Guerras Púnicas*, Barcelona: Ariel, 2002, 129-135; esquema p. 130.

⁴ Sobre estas famosas negociaciones, que no interesan a nuestro tema, Polyb. I, 31,5-8, y —con mayor concreción— Dio Cass. XI, 22-23. También D.S. XXIII, 12, más inconcreto.

⁵ Sobre la Paz de Lutacio y sus términos, A. Díaz Tejera, «En torno al tratado de Lutacio entre Roma y Cartago», *Habis* 2, 1971, 109-126. J. Gómez de Caso Zuriaga, *Amílcar Barca y la política cartaginesa (249-237 a. C.)*, Univ. de Alcalá 1996, 103-142.

⁶ El mismo Polibio incide en que las aspiraciones y objetivos romanos fueron a más después de la toma de Agrigento (Polyb. I, 20,1-3). *Vid.* J. Gómez de Caso, *Amílcar...*, 53-54 y 89-92.

Tras el éxito de Écnomo, los invasores lograron enseguida hacerse con la ciudad de Aspís, en la península del Cabo de Bon (Cabo Hermaia, en la antigüedad)⁷, al este de Cartago, junto a la que desembarcaron para iniciar su invasión. Aspís se encuentra a unos cuarenta o cincuenta kilómetros de la capital en línea recta.

Polibio (I, 29,2-6) da algunos detalles sobre las operaciones romanas en torno a la ciudad. Nos cuenta que levantaron un campamento y fortificaciones para defender su armada mientras asediaban la ciudad, que no fue socorrida por los cartagineses y que acabó cayendo en sus manos tras este asedio. No nos dice nada de sus habitantes, ni si era una ciudad cartaginesa o sidonia, o líbica, o púnica, o grande o pequeña. Solo que sus habitantes se habían negado a entregarla voluntariamente (I, 29,3).

Sin embargo, Aspís debía ser una ciudad líbica con poca o nula presencia púnica, sometida a Cartago y su toma es relevante para el tema que nos ocupa, el de la actitud líbica frente a la invasión de Régulo. Ciertamente Polibio (I, 29,3) habla de su negativa a entregarse y de un asedio (I, 29,3 y 5-6), lo que hace suponer dificultades por parte romana y otorga méritos a los cónsules invasores, Manlio y Régulo⁸. Tal vez eso explique el porqué de que las versiones de Polibio y Dion Casio sean tan diferentes. Régulo acabó siendo una de las figuras ejemplares de la historia romana, pese a su derrota final. Toda alabanza es poca.

Dion Casio parece mucho más concreto y veraz que Polibio en este punto. No nos ha llegado su versión de los acontecimientos, pero Zonaras (VIII, 12,11) viene a decir lo contrario que el megalopolitano, que los nativos de Aspís, al ver que desembarcaban los romanos, les salieron al encuentro y que los romanos se apoderaron de la ciudad sin combate. Se sintieron tan seguros en ella que la convirtieron en su base de operaciones en África y dejaron una guarnición en ella mientras atacaban por tierra a los cartagineses. La guarnición no sería grande. Necesitaban su ejército para enfrentarse a Cartago⁹.

Que los habitantes de Aspís entregasen su ciudad a los romanos sin combatir y que estos hicieran de ella su base de operaciones contra Cartago, dejando solamente una guarnición en ella, es un indicio de la actitud de los líbicos sometidos

⁷ Polyb. I, 29,2-3; tamb. Zon. VIII, 12,11.

⁸ L. Manlius Vulsus Longus y M. Atilius Regulus. Régulo era —sin embargo— cónsul sufecto en sustitución de Q. Caedicius, que había muerto al principio de su consulado. Sobre todo ello, T.R.S. Broughton, *The Magistrates of the Roman Republic*, vol I, N.Y. 1951, 208-209.

⁹ Sobre la toma de Aspís y las operaciones iniciales, Polyb. I, 29,2-7, Zon. VIII, 12,11

de Aspís ante la presencia romana. Como veremos en su momento, la actitud colaboracionista de los habitantes de Aspís debió mantenerse incluso tras la derrota de Régulo a manos de Jantipo en la conocida batalla de Túnez.

Los romanos, por su parte, tras ocupar la ciudad, levantaron su provisional campamento y con todas sus fuerzas, menos esa guarnición, atacaron los ricos pagos de Cartago. Saqueaban y destruían fincas lujosas y lograron un gran botín¹⁰.

Pero Zonaras (VIII, 12,11) vuelve a ser más explícito en esta ocasión y añade que, no solo destruían campos y propiedades, sino que se apoderaron de ciudades enteras y que muchas de ellas se entregaban voluntariamente mientras otras muchas desertaban y se unían a la causa romana¹¹.

También durante la llamada Guerra de los Mercenarios o Guerra Líbica encontraremos episodios semejantes: los líbicos abrazan la causa mercenaria y se nos explica en esa ocasión que están contentos de poderse liberar del yugo cartaginés que los trataba con suma rudeza, hasta el punto de que, no solo proveían a los mercenarios de todo lo necesario, sino que se ofrecían también como combatientes entusiastas, abandonando la causa cartaginesa¹².

Se pueden establecer comparaciones entre lo sucedido en esa Guerra Líbica entre las poblaciones africanas sometidas a Cartago y lo que está sucediendo ahora a raíz de la presencia romana en territorio líbico, pero no es sencillo, sobre todo —como comentamos— porque el carácter de las fuentes originarias y de la narración son muy diferentes en ambos casos, y ello a pesar de que nos lleguen fundamentalmente a través de las mismas fuentes secundarias, pero no primarias. La razón de ello es clara. Las fuentes originales que se ocupan de las guerras púnicas se enfocan casi exclusivamente en el enfrentamiento entre Roma y Cartago y son prorromanas. La fuente que usa Polibio (y Diodoro) para su descripción de la Guerra Líbica es diferente en carácter e intereses: no se enfoca en Roma ni en la guerra entre ambas potencias, sino en Cartago exclusivamente. Una notable excepción. Ya antiguamente los historiadores se dieron cuenta de que el relato del megalopolitano y del sículo procedían, bien uno de otro (el del siciliano del peloponesio), o ambos de una fuente común¹³, y ya en el siglo XIX se apuntó al

¹⁰ Polyb. I, 29,7; Zon. VIII, 12,11; menos concreto D.S. XXIII, 15,7.

¹¹ También App. *Lib.*,3, quién añade que lo hacían por odio a los cartagineses.

¹² Cf. Polyb. I, 70,9; I, 72,1-6 y I, 77,3-7. En general sobre la actitud líbica en esta guerra, W. Huss, *Geschichte der Karthager*, München 1985, 252-260. L. Loreto, *La grande insurrezione libica contro Cartagine del 241-237 a. C.*, Roma 1996, 87-113.

¹³ Sobre las hipótesis históricas, Walbank, *Comm.* I, 130-131.

círculo de historiadores de Aníbal, a Sileno particularmente¹⁴, como origen de nuestra versión de la Guerra Líbica o de los mercenarios, aunque inicialmente otros apuntasen a Filino¹⁵. En cualquier caso, como señala el propio Walbank, ambos relatos remiten a una fuente original claramente probárcida y pro-cartaginesa, que explicaría la atención que en ellos se presta a lo no romano, a lo africano y al dominio africano de Cartago¹⁶. Ello explicaría esta falta de atención a la actitud de los africanos sometidos a Cartago en los relatos conservados sobre la invasión de Manlio y Régulo durante la Primera Guerra Púnica y que, como vemos, esta se pueda intuir solamente a partir de ciertas observaciones y comentarios “de pasada”, como el mencionado pasaje de Zonaras y algunos menos incisivos de Polibio en torno a actitudes líbicas y númidas¹⁷. No interesa el asunto en las fuentes pro-romanas originales.

Lo sucedido en Aspís y en otras ciudades líbicas sometidas a Cartago, no solo es un antecedente claro de lo que sucederá a finales de la década siguiente durante la Guerra de los Mercenarios o Líbica, cuando se generalice la sublevación contra el dominio cartaginés¹⁸, sino que también se repetirá esta situación cuando Escipión invada África en la última fase de la Segunda Guerra Púnica, cuando contará también con la colaboración anticartaginesa de los númidas de Masinisa¹⁹

Ahora, en 255 a.C., ante la extensión del levantamiento y la gravedad de la invasión romana, los cartagineses reaccionaron: reclutaron tropas y llamaron a Amílcar, comandante en Sicilia, mientras, según Zonaras (VIII, 13,1, y Apiano —*Lib. 3*—, como sabemos) eran cada vez más numerosos los africanos que se pasaban a los romanos. Creemos que el hecho de que muchas ciudades y pueblos desertaran de la causa cartaginesa explica que Roma llamase a Lucio Manlio con

¹⁴ Así Meltzer, en su monumental y todavía vigente en muchos puntos, *Geschichte der Karthager*. Cf. O Meltzer, *Geschichte der Karthager*, vol II, Berlin 1896, 363ss.

¹⁵ Sobre ello, Walbank, *Comm. I*, *loc.cit.*

¹⁶ Vid. J. Gómez de Caso Zuriaga, *Amílcar Barca y la política cartaginesa...*, pp. 194-201: «Guerra de los mercenarios y/o guerra líbica: Fuentes, su valoración».

¹⁷ Especialmente, Zon. VIII. 12,11 y VIII, 13,4, como vemos, y —en menor grado— Polyb. I, 29,5-6 y 31,2 y en 36,6-7, y por otros indicios que comentaremos.

¹⁸ Polyb. I, 65 a 68; D.S. XXV, 1 a 8 y XXVI, 23, principalmente. Sobre el tema, especialmente, Loreto, *La grande insurrezione...* (1995) y D. Hoyos, *Truceless War. Carthage's Fight for Survival, 241-237 B.C.* Leiden 2007. Sobre la sublevación líbica, Gómez de Caso Zuriaga, *Amílcar Barca...* (1996), pp. 255-273.

¹⁹ App. *Lib. 3*.

la mitad de la fuerza invasora y dejase solo en África a Marco Régulo al frente de un ejército consular algo erosionado. Se suele dar la cifra de unos diez y seis mil, basándonos en las que da Polibio (I, 29,9-10), a los que habría que añadir la tripulación, que no los soldados, de unas 40 naves²⁰. Que se llamase a Roma “imprudentemente”, como han apuntado algunos historiadores²¹, a Vulso con casi toda la flota y —al menos— la mitad de la fuerza (aunque dejando toda la manguada caballería²²), llama poderosamente la atención. Se han dado diferentes explicaciones para justificar una decisión aparentemente “tan temeraria” y estratégicamente nefasta; desde problemas de intendencia de un ejército y armada tan grandes, incluidos los romanos liberados en los asaltos a las mansiones cartaginesas, pasando por el alto número de prisioneros-esclavos hechos, hasta el replanteamiento estratégicos romano respecto a Sicilia o la defensa de Italia...²³

Naturalmente todas esas razones pudieron pesar en la decisión romana de retirar del plan de invasión de África el grueso de su armada y gran parte del ejército, pero también pudo haber otras porque, así y todo, las aducidas siguen presentando muchos problemas, el principal es que parece una decisión incoherente con el objetivo de terminar rápida y decisivamente con la guerra, dados los buenos resultados que el plan había alcanzado hasta el momento, porque no parece suficiente el menguado ejército consular dejado en África para cumplir el objetivo de realizar un ataque directo a Cartago, como ya observara Caven²⁴.

Claro que, si tenemos en cuenta la hipótesis sobre lo realmente sucedido en Adís y en otras ciudades líbicas, es muy posible que también pesase en la decisión del senado romano la actitud pasivamente (y tal vez activamente) colaboradora de

²⁰ Comentarios a las cifras, Lazenby (1996), p. 98. *Vid.* Walbank, *Comm.* I, I, 29,9: pp. 88-89.

²¹ Mommsen fue el primero en hablar de exceso de confianza, que no le parece temeridad solamente por lo mal que van conduciendo las cosas los cartagineses. *Cf.* Th. Mommsen, *Römische Geschichte*, (Gekürzte Ausgabe), Viena-Leipzig: Phaidon Verlag, ed. 1932, p. 210. Tamb. Th. Mommsen, *Historia de Roma*, vol. I, Madrid: Aguilar, ed. 1987, 680. También críticas sobre lo inadecuado de los efectivos que quedan en África, véase B. Caven, *The Punic Wars*, Londres 1980, 36, o J.-P. Brisson, *Carthage ou Rome?*, París 1973, 67-68. Las críticas de Brisson siguen pareciendo muy oportunas.

²² Walbank, *Comm.* I, pp. 88-89. También al respecto, A. Golsworthy, *Las Guerras Púnicas*, Barcelona: Ariel, 2002, p. 98.

²³ Un balance de algunos de ellos, J. M. Roldán Hervás, *Historia de Roma*, vol I: *La República Romana*, Madrid 1999, pp. 186-187.

²⁴ *Cf.* B. Caven, *The Punic Wars*, Londres 1980, p. 36.

la población líbica, deseosa de abandonar la causa cartaginesa. Sabían en el senado (y también Régulo) que en la próxima campaña (a. 255 a.C.) ciudades líbicas y tribus númeras se sumarían a las fuerzas romanas contra Cartago. No se equivocaban, entre 74 y 82 poblaciones se rendirían en ella a los romanos²⁵. Que las fuentes las presenten en su conjunto como conquistas romanas podría deberse al carácter prorromano de las originales que manejaron las conservadas, que escamotearían que muchas de estas poblaciones no se conquistaban, sino que —sencillamente— se entregaban, tal y como dice explícitamente Apiano (*loc.cit: Lib.3*), al igual que vemos que lo hizo Aspís, a pesar de que las fuentes originales engañasen a Polibio y este la presente como conquista romana, y —además— dificultosa²⁶.

Que la actitud líbica de pasividad y hasta de colaboración y de rebelión activa al entregarse sin lucha al enemigo romano (Zon. VIII, 13,1) no se describiese en las fuentes originales de Polibio, propició que algunos historiadores modernos acusasen a Régulo de incompetencia diplomática y estratégica²⁷. Parece una especie de “contagio” historiográfico de la imagen global que del cónsul romano nos dan las fuentes clásicas, en general al presentarlo como un mal diplomático y negociador, encarnación de la *hybris* y contrario a los valores éticos estoicos, peripatéticos y cínicos de moderación, tan contrarios a la desmesura, la soberbia y el desprecio a lo mudable de la Fortuna, visión historiográfica ya clásica del héroe que conduce a consideraciones morales siempre que se trate el tema de sus negociaciones con Cartago en 255 a.C., fallidas precisamente por ese desprecio de la Fortuna, y la desmesura y soberbia del romano²⁸.

Pero al respecto, Lazenby nos comenta una cita de Plutarco (*Par.Min. 23G*) en que se da cuenta de negociaciones de Régulo con los númeras y pueblos indígenas, lo que le lleva a discutir la acusación de descuido diplomático respecto a la población africana bajo el dominio de Cartago²⁹. Una vez más, la naturaleza de las fuentes prorromanas originales, enfocadas exclusivamente en la peripecia

²⁵ Oros. IV, 8,16 (82 poblaciones); Eutrop. II, 21,3 (74 poblaciones). Apiano (*Lib. 3*) habla de 200. En general, al respecto, Lazenby (1996), p. 101.

²⁶ *Supra*: Polyb. I, 29,2-3 y 9, en relación a Zon. VIII, 12,11 y 13,1; ya comentado.

²⁷ Así, cf. B. Caven, *The Punic Wars* (1980), p. 36.

²⁸ Posiblemente todas estas consideraciones provengan de una única fuente prorromana o romana original: D.S. XXIII, 15; Polyb. I, 31,6 a 8 y Zon. VIII, 13,4. Los términos de esta negociación en D. Cas. XI, fr. 22-23.

²⁹ Cf. Lazenby, *The First Punic War*, p. 102 y n. 7, cap. 7, p. 186, en torno a Plut, *Par. Min. 23G*.

africana de Roma y el protagonismo de Atilio Régulo, escamotean un aspecto importante del escenario militar y del contexto político de la presencia romana en África frente a Cartago: la animadversión y el descontento líbico hacia el dominio púnico, aspecto que sí había tenido en cuenta Agatocles en su día, cuando también él invadió el territorio líbico de Cartago. Régulo ignoraba aparentemente la experiencia histórica de aquella invasión del siracusano, Creemos que no es así. Es más, pensamos que Régulo, lejos de no tener en mente la antigua expedición africana de Agatocles contra Cartago, como vemos que se aduce, y lejos de ignorar sus lecciones³⁰, parece haber tenido sus pasos muy en cuenta³¹ y ya de Sanctis apuntó en su día que también debió de pesar la experiencia histórica del tirano siracusano en la decisión del senado romano de retirar gran parte de la fuerza invasora para la campaña de 255 a. C.³²

Naturalmente, si Roma tenía un ojo puesto en Agatocles a la hora de planear su expedición a África, cosa muy de esperar dado el eco que alcanzó aquella, resulta poco verosímil que Régulo (y Roma), no tuviesen en cuenta el papel que la animadversión líbica hacia el dominio púnico podría jugar a favor en su causa. Agatocles la explotó abundante y acertadamente hasta donde pudo en su estrategia, como señalan algunas fuentes y muy especialmente Diodoro³³. De hecho, podemos encontrar muchos paralelismos entre lo que nos cuentan las fuentes respecto a la expedición de Régulo y lo que hiciera en los mismos parajes el tirano Agatocles unos cincuenta años antes. Siguiendo el relato de Diodoro (*loc.cit.*) vemos que el objetivo táctico inicial del siracusano era convertirse en el señor de las llanuras líbicas en torno a Cartago sirviéndose de su superioridad en infantería, al igual que vemos que hacen los romanos de Régulo inicialmente³⁴.

No terminan aquí los paralelismos entre una y otra expedición. También Agatocles atacó sistemáticamente las ricas fincas de los cartagineses en los pagos líbicos y esta estrategia, y sus victorias en campo abierto sobre unos desorganizados y desanimados cartagineses, acabaron por minar su moral hasta encerrarlos tras los muros de su ciudad, según nos cuenta Diodoro (XX, 8-13) al relatarnos la expedición del tirano siracusano. Lo mismo hará con éxito Atilio Régulo³⁵.

³⁰ Así Caven, *The Punic Wars*, p. 36.

³¹ Así S. Lancel, *Carthage*, París 1992, 300 y esp. 385.

³² De Sanctis, *Storia*, vol. III/1, ed. 1967, p. 144.

³³ D.S. XX, 17 y esp. XX, 55,4; tamb. Iust. *Epit.* XXII, 7,3.

³⁴ Polyb. I, 29,6-8; Zon. VIII, 12, 11 y 13,1.

³⁵ Sobre su estrategia frente a las fincas de la aristocracia cartaginesa, D.S. XX,8; sobre

Todo lo referente a la expedición de Agatocles debía circular entre la clase dirigente romana. El relativo éxito frente a Cartago de una potencia menor, como era Siracusa a principios del s. III a.C., tuvo que alcanzar por fuerza un eco considerable. Así pues, también Régulo buscó el saqueo sistemático de los ricos pagos cartagineses y también buscó el choque frontal con un ejército ya derrotado en su casa por un caudillo al mando de una tropa muy inferior en todos los sentidos a la romana, como era el caso de Agatocles. El párrafo de Diodoro (XX, 17,1) dedicado a describir la situación del siracusano y los cartagineses después de la victoria del primero sobre los segundos a campo abierto, cuando el pánico ha encerrado a ejército y ciudadanos tras los muros de la ciudad, tiene claros paralelismos con el que Polibio (I, 31,1-3) dedica a la descripción de la situación entre los cartagineses y Régulo tras la derrota que encierra a los púnicos tras los muros de la ciudad y les lleva a iniciar sus famosas e infructuosas negociaciones los tiene con la descripción de Dion Casio-Zonaras (Zon. VIII, 13,3) con la actitud líbica frente a los invasores, así como los tiene también esa actitud líbica respecto a la estrategia de Agatocles y Régulo: ambos contaban con que estas ciudades líbicas sometidas a Cartago colaborasen, al menos pasivamente, con una actitud poco entusiasta a favor de la causa cartaginesa. Diodoro (XX, 17,1) y Apiano (*Lib.*3) hablan explícitamente de odio al referirse a esta actitud líbica frente a los púnicos.

Agatocles llegó a formalizar alianzas con entidades políticas líbicas. Diodoro (*loc.cit.*: XX, 17) nos habla de una en concreto, con un tal *Ailymas*, “rey de los líbicos”. No tenemos noticia explícita de que Régulo hiciese lo mismo, pero parece que esa alianza de Agatocles con los africanos no fue muy firme, el mismo Diodoro (XX, 18,3) nos dice poco después que, una vez que los cartagineses recibieron los refuerzos enviados por Amílcar desde Sicilia, “los líbicos aliados volvieron a combatir por ellos”, probablemente por miedo a lo que pudiera pasar si Agatocles no resultaba la parte ganadora. El propio *Ailymas*, el “rey” líbico con el que había firmado el siracusano una alianza formal, chaqueteó y volvió a la obediencia cartaginesa, aunque Agatocles consiguiera derrotarlo³⁶.

Y no solamente los líbicos desertaron —al menos inicialmente— del bando cartaginés hacia el de los griegos de Agatocles, también los númidas aprovecharon entonces la ocasión para hacerlo pues, en un cierto momento, los cartagineses

los intentos de reacción púnicos, XX, 9-10, sobre las batallas a campo abierto: XX,12. – También noticias de todo ello en *Iust. Epit.* XXII, 6 y *Oros.* IV, 6. Brev. Huss, *Cartagineses* (1993), 125-127.

³⁶ Sobre todo ello, D.S. XX, 18,1-4.

empresen una campaña contra la tribu de los *Zoýphones* y otros númeridos para castigar su deserción durante esta invasión³⁷, pero también estos, al igual que los líbicos de Ailymas, se lo piensan mejor y desertan de la causa siracusana y, junto con los númeridos que luchaban por Cartago, abandonan la batalla para esperar a ver quién resulta derrotado y saquearlo³⁸. Y —finalmente— cuando las cosas se pusieron definitivamente mal para Agatocles, el resto de sus aliados líbicos desertó en masa e hizo imposible que el siracusano pudiera mantenerse en Libia³⁹.

Es muy posible que toda esta experiencia histórica sobre la poca fiabilidad de los líbicos (y númeridos) como aliados, pesase en el ánimo de Régulo a la hora de no incluir a estos africanos en sus planes diplomáticos y militares frente a Cartago.

En aquel momento de la invasión de Agatocles, o —incluso— durante toda la primera púnica, los númeridos no tienen el protagonismo militar que alcanzarían durante la Guerra Líbica o de los Mercenarios, ni durante la Segunda Guerra Púnica, con alianzas formales como las de Naravas, Masinissa o Sifax. Es muy posible que fuese precisamente la actitud númerida ante la invasión de Régulo la que condujese a la clase dirigente cartaginesa a prestar atención a los reyezuelos y cabecillas númeridos para convertirlos en aliados y colaboradores en su dominio africano. En esto será pionero y marcará el camino Amílcar Barca al establecer un pacto de alianza con el jefe númerido Naravas, cuyos detalles narra con cierto detenimiento Polibio (I, 78) y que contiene todos los elementos de los futuros pactos personales entre cartagineses y númeridos, matrimonio incluido, pues fue sellado por la concesión de Amílcar de una de sus hijas como esposa a Naravas⁴⁰. Inauguraba con ello una forma de alianza que tendría también su continuidad en la Hispania bécrida, con matrimonios políticos como los de Asdrúbal el Bello o Aníbal.

Los númeridos, no formaban parte del dominio líbico de Cartago en este momento, aunque sí tenían relaciones políticas con los cartagineses⁴¹. Polibio (I, 31,2)

³⁷ D.S. XX, 38,2.

³⁸ Sobre todo ello, D.S. XX. 38,2 a 6.

³⁹ Para Huss, la actitud líbica (y númerida) fue decisiva en el fracaso final de Agatocles, cf. Huss, *Geschichte* (1985), 200.

⁴⁰ Polyb. I, 78,8. Hay que suponer que esa hija de Amílcar era mayor que Aníbal, su primogénito varón, niño de unos cinco años en el momento de la alianza del númerido con su padre. Sobre otros detalles y características de esta alianza, Loreto, *La grande insurrezione...* 1995, 154 y n. 28. También, Huss, *Geschichte* (1985), 260 y J. Gómez de Caso Zuriaga, *Amílcar Barca y la política cartaginesa* (1996), 263-269.

⁴¹ Había varias formas y modos de dominio cartaginés en África, vid. J. Gómez de

nos los presenta sumándose al ataque romano contra los intereses cartagineses, pero en ningún momento nos dice que actuaran coordinadamente con Régulo, “actuaban como verdaderos aliados de la causa romana sin serlo”, como determina Mira Guardiola⁴², y todos los historiadores se muestran unánimes en interpretar que no actuaban como piezas de un plan único, sino que cada parte perseguía sus propios fines e intereses⁴³. Ahora bien, en cuanto a si los romanos intentaron o no un acercamiento a los jefes númidas no existe acuerdo y tampoco en cuanto a las razones para que no se intentase llevar a cabo ese acuerdo de Régulo con los númidas. Como vimos, Lazenby, recogiendo una noticia de Plutarco, da por sentado que sí se intentó tal acuerdo⁴⁴, pero también considera que las actuaciones númidas nunca llegaron a coordinarse con las romanas, como parece evidente por el texto mismo de Polibio (I, 31,2)⁴⁵. Las razones para que esta coordinación no llegase a producirse pudieron ser perfectamente las aducidas por el propio Lazenby (*loc.cit.*). Como hemos visto (*supra*) lo más probable es que el mando romano se inspirase para su invasión en la de Agatocles, poco más de cincuenta años antes, e intentase sacar lecciones de ella. Aunque no estemos plenamente de acuerdo con Lazenby en que Régulo y el mando romano “no tuvieron tiempo para convencer a los líbicos de que ellos serían la parte vencedora”⁴⁶ y que —efectivamente— los líbicos sí aprovecharon la presencia romana para intentar sacudirse de encima el dominio cartaginés, como ya hemos señalado en páginas anteriores de este artículo, y que esas ciudades que abrieron sus puertas a los romanos sin lucha, como la propia Aspís⁴⁷, a pesar de que Polibio (I, 29,2-3) describa combates, que

Caso Zuriaga, *Amílcar Barca y la política cartaginesa...*(1996): «El dominio africano de Cartago», pp. 255-273. Tamb. S Lancel, *Carthage* (1992), pp. 108-117; L. A. García Moreno, «La explotación del agro africano por Cartago y la guerra líbica», *Memorias de Historia Antigua* (Universidad de Oviedo), 2, 1978, 71-80; R.C.C. Law, «North Africa in Hellenistic and Roman Periods, 323 B.C.-305 A.D.», *Cambr. Hist. of Africa*, vol. II, Cambridge, ed. 1978, 148-210.

⁴² Cf. M.A. Mira Guardiola, *Cartago contra Roma. Las Guerras Púnicas*, Madrid 2000, p. 67.

⁴³ Vid. v.gr. Huss, *Geschichte der Karthager* (1985), 235 y tamb. not. 132.

⁴⁴ *Supra*, Plut. *Par.Min.* 23G, citado y comentado por Lazenby, *The First Punic War* (1996), p. 102 y not. 7 y p. 186.

⁴⁵ Ya lo estableció así, en su día, Meltzer, *Geschichte der Karthager*, vol. II, p. 297; también sobre ello, Mira Guardiola, *Cartago contra Roma*, p. 67.

⁴⁶ Lazenby, *The First Punic War* (1996), 102.

⁴⁷ Y aquellas de las que hablan Zon. VIII, 12,11 o App. *Lib.*3.

contradican la ya comentada versión de Dión Casio-Zonaras (Zon. VIII, 12,11) en torno a la toma de la ciudad, no se entregaron sin acuerdos, como se desprende de la misma versión de Zonaras (VIII, 12,11). A pesar de todo ello, sí que creemos que Lazenby valora acertadamente las causas por las que Roma no llega a nada en su aproximación a los númidas y que estas son las mismas por las que también fracasó el intento de Agatocles de actuar coordinadamente con ellos en la versión de Diodoro (XX,20): falta total de fiabilidad de los númidas como aliados, lejanía y diversidad de objetivos⁴⁸, a lo que habría que añadir tal vez la desconfianza de los númidas hacia las intenciones definitivas de los romanos.

Para otros autores, esos intentos de acercamiento y colaboración no llegaron ni a plantearse, tal vez debido al propio orgullo (*hybris*) que la historiografía clásica achaca a Régulo, junto con su proverbial patriotismo⁴⁹.

El caso es que, como ya dijera Romanelli⁵⁰, los númidas no jugaron ningún papel en la estrategia romana. Actuaron independientemente, aunque como apunta Polibio (I, 32,2) sus saqueos y desmanes contribuyeron mucho a que el pánico se apoderase de sidonios y cartagineses y abandonasen las zonas de dominio púnico para refugiarse en las ciudades. La improvisada superpoblación produjo hambre y, también, extendió el desánimo que propició que se buscasen negociaciones con Régulo, como explica a continuación el propio Polibio (I, 31,2-5).

Poco más nos dicen las fuentes de la actuación de los númidas en relación a la invasión romana y de los intentos de Régulo por aproximar o concordar sus acciones a las de ellos. Sin embargo sí tenemos indicios de que los cartagineses sí debieron buscar una aproximación a los númidas en el invierno de 255 a. C. Uno de estos indicios puede ser las dimensiones de la fuerza de caballería que los cartagineses fueron capaces de reunir frente a Régulo bajo el mando de Jantipo. Era muy superior a la romana, según nos dice el propio Polibio (I, 33,10): se cifraba en unos cuatro mil jinetes, frente a doce mil soldados de infantería de todo tipo que reunieron los púnicos. La caballería cartaginesa representaba, pues, una cuarta parte de la fuerza total. Mucho.

Se duda de estas cifras de Polibio, pero —en términos generales— se duda de ellas por escasas, no por exageradas⁵¹, lo que no afecta a nuestra hipótesis,

⁴⁸ Sobre todo ello, Lazenby, *loc.cit.*, p.102.

⁴⁹ V.gr. De Sanctis, *Storia*, vol. III/1, p. 144.

⁵⁰ Romanelli, en *Studi Aniblici*, cit. por Huss, *Geschichte*, p. 235, not. 132.

⁵¹ Vid. Lazenby (1996), 103; ya de Sanctis, *Storia*, III/1, 151-152 o Caven, *The Punic Wars* (1980), 38.

al contrario, pues aquí nos interesa las dimensiones de la caballería, tal vez más de cuatro mil hombres. Muchos, como decimos, para que se trate de una fuerza exclusivamente mercenaria y ciudadana. Sabemos que la caballería de la ciudad sumaba unos mil quinientos efectivos, que serían los de su Batallón Sagrado (*Hierós Lóchos*)⁵² y que otros quinientos jinetes provendrían de Sicilia, aunque unos y otros con bajas⁵³, pues han participado ya en acciones no muy favorables a Cartago. También estarían comprendidos en esos cuatro mil jinetes o más, otros miembros de la milicia cartaginesa y mercenarios, pero parece lógico pensar que no se habría alcanzado un número tan elevado de jinetes sin el concurso de los nómidas, bien alistados individualmente o en grupo como mercenarios, bien colectivamente con su líder, como sería el caso de Naravas durante la Guerra Líbica⁵⁴, ejemplo paradigmático de la forma de alianza entre cartagineses y nómidas en la época, siempre de tipo personal, tal y como vemos que se mantiene también durante la Segunda Guerra Púnica y después.

Tras la derrota romana en la batalla de Túnez frente al ejército cartaginés dirigido por Jantipo carecemos de otros indicios que nos hablen de la actitud líbica o nómida respecto a Cartago o a los romanos supervivientes, excepto con referencia a la “capital” de la presencia romana en tierra africana, a Aspís, su base de operaciones durante toda la invasión; como sabemos era una de esas ciudades líbicas pasadas a los romanos de las que habla Zonaras (VIII, 13,3); la primera que lo hizo.

Sabemos que, pese a lo rotundo de la victoria de Jantipo, hubo supervivientes romanos, y no en número escaso. Polibio (I, 34,9) habla inicialmente de unos dos mil legionarios. Por la descripción que él mismo nos presenta de la batalla (I, 34) podemos inferir que se trata de los restos de los manípulos de *príncipes* y *hastati* de la legión que ocupaba la izquierda romana y que se enfrentó con éxito al grueso de la infantería mercenaria cartaginesa, a la que hizo retroceder después de

⁵² Sobre esta fuerza y la composición del ejército cartaginés en esta época, J. Gómez de Caso Zuriaga, «El ejército cartaginés en la Primera Guerra Púnica», en *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico, XIX Jornadas de Arqueología fenicio-púnica* (Eivissa, 2004), 90-92; en general: pp. 73-123. Sobre esta fuerza habla Polibio (I, 73 y 75). Cf. tamb. T. Wise y R. Hook, *Armies of the Carthaginian Wars, 265-146 b.C.*, Oxford, 1999, 7.

⁵³ Polyb. I, 30,1-2. J. Gómez de Caso Zuriaga, *op.cit.*(2004), 109.

⁵⁴ Polyb. I, 77. Vid. Esp. Loreto, *La grande insurrezione libica...* (1995), 121-122 y 152ss.

esquivar la acometida de los elefantes⁵⁵, descontando —por supuesto— las bajas en combate y el desgaste de la campaña en esos manípulos.

Estos dos mil legionarios representan sin duda el grueso de la fuerza romana superviviente en África, pero no fueron los únicos que se salvaron del desastre. Por otro pasaje de Polibio (I, 29,9) sabemos que a Régulo le dejaron cuarenta naves como escuadra auxiliar, una mínima parte de la poderosa armada invasora de más de trescientos cincuenta navíos, pero que debería haber sido suficiente para evacuar a esos dos mil legionarios, ya que el mismo Polibio nos dice en otro momento (I, 26,7) que cada nave de línea (*quinquerremis*) podía transportar un manípulo completo.

Pero está muy claro que había más romanos que evacuar y que esos cuarenta barcos no eran suficientes, de ahí que los romanos acabasen enviando toda una flota de rescate, que también nos describe el mismo Polibio (I, 36). A esos dos mil legionarios supervivientes habría que sumar, para empezar, la propia guarnición romana de Aspís, que no sería muy numerosa, pero sí una fuerza adecuada a la misión y capaz de defender la plaza y la escuadra. A estos y a los dos mil legionarios habría que añadir todavía los restos de los manípulos de infantería legionaria y aliada que encontraron su salvación en la indisciplina de los vencedores cartagineses, que se entregaron al saqueo de los caídos en lugar de perseguir al enemigo, según describe de nuevo Polibio (I, 34,12). El cónsul y un grupo considerable de estos supervivientes fue capturado, como sabemos, pero grupos menores y de menos trascendencia lograrían escamotearse y buscar su salvación en su base de Aspís. También la caballería romana debió buscar su salvación en esta ciudad, pues sabemos que no fue aniquilada, sino dispersada, dado que huyó al primer envite⁵⁶.

Aunque no nos debe de extrañar que no se produjese una actitud hostil hacia estos supervivientes en su retirada hacia Aspís, a varias jornadas a través de territorio de dominio púnico del lugar de la derrota, ya que se trataba de gente de guerra, derrotada y desesperada, a la que no resultaba prudente estorbarles el camino o el avituallamiento, y —por tanto— no cabe inferir una actitud de simpatía o calaboracionista por parte de la población líbica de estos territorios hacia los supervivientes del derrotado ejército de Régulo, sí que podemos concluir que

⁵⁵ Polyb. I, 34,4 – Sobre la batalla y su reconstrucción, J. Gómez de Caso Zuriaga, «El ejército cartaginés en la Primera Guerra Púnica» (2004), 102-127.

⁵⁶ Polyb. I, 34,3. Sobre su papel y su supervivencia en la batalla, J. Gómez de Caso Zuriaga, *op.cit.* (2004), esp. P. 118.

el compromiso con los invasores era sólido por parte de los habitantes de Aspís a partir de los acontecimientos posteriores, que tuvieron lugar en esta ciudad a raíz del desembarco de la flota de rescate enviada por los romanos bajo el mando de ambos cónsules electos del año 255 a. C.: M. Emilio Paulo y Ser. Fulvio Nobilior; una flota de dimensiones similares a la que había invadido África el año anterior al mando de Manlio Vulso y del propio Atilio Régulo⁵⁷, aunque no todos acabasen navegando hacia África⁵⁸.

No es este el lugar para tratar el tema de la reacción cartaginesa ante la derrota de Régulo y su estrategia inmediata; tampoco lo es para tratar del impacto de la batalla de Túnez y de los refugiados de Aspís en los planes romanos para la campaña de este año, pero en cuanto al tema que nos ocupa: la actitud líbica en todos estos acontecimientos, sabemos que los habitantes de Aspís debieron de mantener su colaboración con el invasor hasta el último momento, probablemente convencidos erróneamente, o tal vez engañosamente por los propios romanos, de que se preparaba una segunda flota de invasión que resultaría definitiva. Lo sabemos porque parece claro que los cartagineses enviaron un ejército para tomar la ciudad-base de la invasión romana, Aspís. Ni Polibio ni Diodoro nos dicen nada de ese ejército y de esos combates. En este momento de la narración, tras la victoria de Jantipo, se pierden ambos en consideraciones filosóficas y morales sobre la soberbia, la fortuna y el liderazgo⁵⁹, mostrando con ello que proceden de una fuente común. Pero Zonaras (VIII, 14,3) sí nos habla de una batalla en torno a Aspís a la llegada de la flota romana de Nobilior y Emilio Paulo. De su relato se infiere que, finalmente, los cartagineses reaccionaron y decidieron acabar con los supervivientes del ejército de Régulo. Su presencia en tierra líbica representaba un claro peligro. Enviaron un ejército hacia Aspís. Suponemos que el grueso lo compondrían los restos del victorioso de Jantipo. Ese ejército tuvo que enfrentarse al de rescate enviado por Roma. Cuando los cartagineses se estaban enfrentando al nuevo invasor fueron sorprendidos por una salida de los romanos desde Aspís. Que los romanos se atreviesen a salir de la ciudad y combatir a la fuerza púnica atacante por su retaguardia parece indicio de que confiaban en la solidez de su

⁵⁷ Sobre las cifras de la nueva flota de Emilio Paulo y Fulvio Nobilior, esp. Lazenby (1995), 108-110. Tamb. Walbank, *Comm.* I, 36, p. 95. Brev. A.M. Balach, *Polibio. Historias*, vol. I (1981), 114, nt. 100

⁵⁸ Polibio (I, 36,10) y Zonaras (VIII, 14, 1 y 2) nos dicen que guarnecieron antes Sicilia.

⁵⁹ Polyb. I, 36,12. D.S. XXIII, 15 y16.

control de la ciudad; una ciudad que, como sabemos, se había ofrecido desde el primer momento a colaborar con el invasor romano a rendir Cartago⁶⁰.

Y, finalmente, tenemos más indicios de esta actitud colaboradora de los nativos líbicos con los invasores romanos. En los años posteriores a su invasión de África, aunque las fuentes conservadas se centren lógicamente, en el desarrollo de la guerra entre Cartago y Roma, de nuevo protagonizada por los acontecimientos de Sicilia, encontramos indicios de que algo había cambiado en los planteamientos político-militares de Cartago en África a raíz de la invasión romana, y no es una consecuencia directa de esta, sino indirecta. Sabemos esto porque no vemos que se tomen medidas claras para que no vuelva a producirse una invasión; invasión que, de hecho, buscará Roma repetir a lo largo de toda la contienda, de ahí su intento de tomar Lilibeo, sino porque vemos algunos cambios que más bien parecen relacionados con esa actitud líbica (y nómada) que tuvo lugar durante la invasión de Régulo.

El primero es que Cartago no aprovechó inmediatamente los desastres romanos del año 255 a. C.: derrota de Régulo y pérdida de toda la flota de Fulvio y Paulo en Camarina. Werner Huss da por sentado que ello se debió a la necesidad de poner orden en casa después de lo sucedido durante la invasión de Régulo⁶¹. Intencionadamente o no, Régulo había logrado erosionar la confederación enemiga y comprometer el dominio africano de Cartago. Con ello mermó significativamente la capacidad ofensiva y de reacción de los púnicos. Tuvo consecuencias. Amílcar Barca intentará imitar estos efectos al atacar directamente el territorio italiano cuando tome el mando del ejército y flota de Sicilia en 247 a. C., pero la confederación romana probó ser mucho más sólida que el forzado dominio líbico de Cartago⁶², como lo seguiría probando ante la presencia de Aníbal en Italia y sus grandes victorias iniciales.

El segundo cambio consiste en que, a partir de la invasión de Régulo, detectamos una dualidad de mando en el ejército cartaginés que presenta algunas similitudes con la bicefalia del consulado. Aunque las fuentes conservadas se enfocan exclusivamente en la evolución del enfrentamiento púnico-romano en Sicilia, percibimos claramente que existen dos ejércitos cartagineses de maniobra y dos *strategoí* máximos en Cartago, uno en Sicilia, enfrenteado a Roma, y otro en

⁶⁰ *Supra*, comentario en torno a Aspís en relación a Zon. VIII, 12,11.

⁶¹ W. Huss, *Geschichte* (1985), 237.

⁶² Sobre la relación entre ambos modos estratégicos y las *razzias* romanas en África y púnicas en Italia en los años posteriores de la Primera Guerra Púnica, J. Gómez de Caso Zuriaga, *Amílcar Barca y la política cartaginesa...*, 56-58.

Libia, con misiones de policía frente a líbicos y númidas y disuasorio y de reserva ante nuevos intentos romanos de invasión. Este ejército africano de Cartago tendría como misión recuperar y mantener el control púnico del territorio y ampliar su zona de dominio. El mando sobre él introduciría a Hanón el Grande, el *Rab*, el futuro enemigo de Amílcar Barca, y alcanzará su máxima expresión y éxito en la expedición del *Rab* a Hecatónpilos, conocida por un pasaje de Diodoro (XXIV,10)⁶³. Sus métodos, entre los que ocupaba un lugar destacado el terror y la dureza impositiva⁶⁴, tendrán su trascendencia como causa del levantamiento líbico generalizada a raíz del motín de los mercenarios tras el final de la Primera Guerra Púnica y el tratado de Lutacio (241-240 a. C.).

⁶³ Sobre el significado político de esa expedición, J. Gómez de Caso Zuriaga, *Amílcar Barca y la política cartaginesa...*, 49, 57 y 272-273. Tamb., sobre la identificación de Hecatónpilos, Walbank, *Comm.* I, 73,1 y Traidler: «Theveste», *R.E.*, cols. 249-252.

⁶⁴ Polyb. I, 72,1-5.- J. Gómez de Caso Zuriaga, *op.cit.* (1996), 272.

La actitud líbica ante la invasión romana de M. Atilio Régulo (256-255 a. C.)

RESUMEN: Tenemos muy pocos datos en las fuentes conservadas sobre la actitud de la población líbica sometida a Cartago durante la campaña de invasión romana de Régulo en 256-255 a. C. Esto se debe sin duda a la naturaleza de las fuentes originales (principalmente Polibio, Diodoro y Dion Casio-Zonaras), centradas en el enfrentamiento entre Roma y Cartago y —más concretamente— en el mérito y hazañas de Régulo (las originalmente pro-romanas) y de Jantipo (las pro-cartaginesas, con Filino, probablemente, a la cabeza), que pretenden encarecer. — Esta actitud líbica se infiere a partir de algunos pasajes, especialmente de Dion Casio-Zonaras. Queda clara, sin embargo, la implicación líbica y númera en la contienda. Esta implicación líbica tendrá consecuencias importantes en el desarrollo de la última fase de la guerra y anuncia los problemas con los que se enfrentará Cartago en África a raíz del motín de los mercenarios de Sicilia en 241-240 a. C.

PALABRAS CLAVE: Adís (Adys: Clipea), Agatocles, Ailymas (caudillo líbico), Amílcar Barca, Batalla de Túnez, Cabo de Bon, Cartago, Écnomo, Emilio Paulo (M. Aemilius Paullus), Fulvio Nobilior (Ser. Fulvius Paetinus Nobilior), Hanón el Grande (el *Rab*), Hecatómpilos, Jantipo, Líbicos, Manlio Vulso (L. Manlius Vulso), Naravas, númeras, Primera Guerra Púnica, Régulo (M. Atilius Regulus), Túnez, Zyphones (pueblo númera)

The Libyan Attitude towards the Roman Invasion of M. Atilius Regulus (256-255 B.C.)

ABSTRACT: We found very few data in the preserved sources on the attitude of the Libyan population under the rule of Carthage during the Roman campaign of Regulus in Africa in 256-255 B.C. This is undoubtedly due to the nature of the original sources of those we have on the matter (mainly Polybius, Diodorus and Cassius Dio-Zonaras, also Appian), all of them focused on the confrontation between Rome and Carthage and — more concretely — on the merits of Regulus (those sources originally pro-Roman) and of Xanthippus (those pro-Carthaginians, with Philinus, probably, the first of them) — It is clear, however, the Libyan and Numidian implication in the contest, although in different ways. This Libyan involvement will have important consequences in the development of the last phase of the war and announced problems that Carthage will face in Africa as a result of the mercenary riot of Sicily in 241-240 B.C.

KEYWORDS: Adys (Clipea), Agathokles, Ailymas (Libyan leader), Hamilcar Barca, Battle of Tunis, Cape Hermaia, Carthage, Ecnomus, Emilius Paulus (M. Aemilius Paullus), Fulvius Nobilior (Ser. Fulvius Paetinus Nobilior), Hanno the Great (the *Rab*), Hecatompylos, Xanthippus, Libyans, Manlius Vulso (L. Manlius Vulso), Naravas, Numidians, First Punic War, Regulus (M. Atilius Regulus), Tunis, Zyphones (Numidian tribe).